

y admirada por todo el mundo, porque además quiere a nuestra tierra, con gran devoción.

- En la Galería de Arte Mexicano se abrió hace pocos días una exposición de obras recientes del infatigable y entusiasta *Ricardo Martínez*, a la cual pueden aplicar casi todos los juicios que externé en mi artículo de mayo del año pasado sobre su pintura y estilo.
- La Galería Romano ha tenido dos exposiciones: una colectiva, bastante interesante; aunque sin ninguna novedad especial y otra en que el pintor de Morelia, *Adolfo Delgado* expone algunos dibujos y acuarelas de tipo impresionista, éstos y aquéllas estilizados como para ilustraciones a pura línea.

- En la Galería Nuevas Generaciones expone motivos tomados de la vida del trabajador el joven pintor *Gilberto Aceves Navarro*, excelente técnico, dibujante vigoroso, con gran influencia de Orozco, y alguna analogía con Isidoro Ocampo.

- En la sala del Turismo Francés ha expuesto *Angel Mauro Rodríguez*, paisajista de gusto en la elección de sus temas y de un estilo un tanto extraño al medio, pero de gráfimo colorido.

- En el Palacio de Bellas Artes se abrió una buena muestra del arte del Perú, en que descuellan las obras de la cerámica y los tejidos precolumbinos, sobre todo,

presenta problemas, la ejecución fué excelente, y es una de las obras que alcanzan felizmente lo que se proponen. Los dos temas contrastantes se explican por sí solos. La orquestación contribuye satisfactoriamente al efecto dramático. Un cierto toque lacrimoso cerca del final y el redoble absurdo con acordes espasmódicos a *tutti* que cierra la obra no destruyen el efecto total *Va bene*. Pero el Concierto de Paganini... Ruggiero Ricci es un violinista magnífico. ¡Qué ganas de oírlo tocar un concierto que valga sus dotes de ejecutante! Pero parece que realmente adora el concierto de Paganini. Cuantas veces viene a México lo toca. ¿O quizá se lo piden los que lo contratan? Es cierto que ese concierto exige una gran técnica, pero hay innumerables conciertos que no son precisamente para principiantes y que ofrecen mejores cosas que las cantinelas paganinianas que, como materia musical, rayan a la altura de *Los changuitos*. El segundo movimiento no es tan malo, pero ¿qué se puede decir en defensa del tercero? Tal vez sea una gran satisfacción para el ejecutante pasar sin percance por toda esa serie de acrobacias, como los armónicos en dos cuerdas del primer movimiento. Por cierto que ese alarde de técnica no es en modo alguno un regalo para el oído. Sin embargo, el público lo escuchó manteniendo la respiración, como si se tratara de un alambrista en un *salto mortale*. La única demostración de desagrado provino de un niño sentado en una de las primeras filas, ajeno al difícil trance por el que pasaba el violinista en esos momentos. La edad de la inocencia, hay que perdonarlo.

pular, y llega a clímax triunfal con recursos que el Bartok de la *Sonata para dos pianos* hubiera rechazado ferozmente. La elegía recuerda ligeramente el tercer movimiento de la *Música para cuerda, percusión y cello*, pero es la única parte en la que Bartok no parece afanarse por hacer accesible e inofensiva su textura musical. En resumidas cuentas, una obra adecuada para servir de introducción al *Concierto para violín*, las otras obras mencionadas y los cuartetos.

No estaría de más señalar el hecho de que Bartok escribió esta obra en el destierro, desfalleciente ante la impermeabilidad del público norteamericano a sus obras. Le ofrecían becas, *fellowships*, cuando lo que él quería eran encargos. El *Concierto para orquesta* fué escrito por encargo de la Fundación Kussevitzy, dos años antes de su muerte.

El concierto octavo de la temporada estuvo bajo la dirección de Luis Herrera de la Fuente y se compuso de las siguientes obras: la Obertura-Fantasia *Romeo y Julieta* de Tchaikowsky, el Concierto No. 1 para violín y orquesta de Paganini (con Ruggiero Ricci como solista), *El superviviente de Varsovia* de Schoenberg y los *Cuadros de una exposición* de Mussorgsky, en la orquestación de Ravel. La obertura de Tchaikowsky no

tratar toda su habilidad manual.

La tercera obra del programa fué *El superviviente de Varsovia* de Schoenberg (primera ejecución en México). Sobre el fondo orquestal, el narrador (Jorge del Campo) relata un episodio de matanza de judíos por los nazis en Varsovia, describiendo las atrocidades que éstos cometieron en el Ghetto. Un llamado a los sentimientos humanitarios del oyente. Pero justamente en este aspecto, la obra es de una futilidad conmovedora. Las noticias en los periódicos, los libros y las películas documentales ¿no bastan para mover a indignación a un ser humano contra esos crímenes? ¿Se necesita aderezar musicalmente esas noticias para que produzcan un impacto? En el concierto, la música de Schoenberg produjo sin duda más indignación que el relato sobre las atrocidades, por más frívola que pueda parecer esta afirmación. Los aplausos provenían más bien de una simpatía humana que de una satisfacción estética. ¿Satisfacción? En efecto: en el caso que la música hubiera gustado plenamente, ¿habría sido la indignación mayor o menor? Para expresar una protesta contra un hecho real el modo más claro y limpio sigue siendo el verbal. Todos esos intentos de proclamas con fondo musical no son sino testimonios de falta de limpieza espiritual, aun en el caso, como el presente, que su objetivo moral sea intachable. No puede negarse que la música de Schoenberg causa una fuerte impresión, mas no podría juzgar la ejecución por ser una obra que me es totalmente desconocida.

*Cuadros de una exposición* de Mussorgsky-Ravel fué la última obra del programa, en una ejecución impecable y, en el final, digna del entusiasmo que demostró el público. La obra es en sí muy agradable, francamente descriptiva pero con medios musicales de gran frescura y originalidad. No hay porque repetir los elogios que se han hecho de la orquestación de Ravel.

El concierto siguiente fué dirigido por Jascha Horenstein. El primer número fué la Sinfonía No. 39 de Mozart, sin duda de lo más hermoso que escribió. La ejecución estuvo bastante turbia y pesada, desgraciadamente. Siguió una obra de Revueltas, "Colorines", de un folklorismo un tanto rancio y fastidioso. No es de las mejores obras de este compositor. La segunda hora del programa la llenó la Primera Sinfonía de Mahler. Hay gente a la que le gusta,

# LA MUSICA

Por Joaquín GUTIERREZ HERAS

EN su séptimo programa de esta temporada, la Orquesta Sinfónica Nacional ejecutó entre otras cosas bajo la dirección de Antal Dorati, el *Concierto para orquesta* de Bela Bartok, en el 10º aniversario de su muerte. Esta obra, terminada en 1943, tiene mucho en común con el *Concierto para violín*, escrito seis años antes, pero en ella se nota cierta facilidad que, frente al trazo angular y violento de las obras anteriores de Bartok, parece en algún modo demasiado amable para ser convincente. El colorido orquestal, que Bartok maneja con gran maestría, da interés suficiente a ideas musicales que por lo demás están por debajo del nivel temático bartokiano. No me refiero con esto a algunos temas de intención satírica del cuarto tiempo. En toda la obra el compositor usa ya sea clichés de sus propias obras (como las fanfarrias sobre cuartas superpuestas) o melodías cuyo patetismo resulta un tanto barato en la obra de un compositor de invención tan sutil como Bartok. El quinto movimiento, que sigue obediente el precepto de *per aspera ad astra* (de rigor en toda sinfonía post-beethoveniana respetable), hace gran acopio de optimismo folklórico o folklorismo optimista, como se quiere, pues Bartok es sin duda uno de los que se han inspirado con más acierto en la música po-